

Sus antipatías son para los católicos, para San Ligorio, para Bossuet, para Luis de Bonald, para José de Maistre, para Manzoni, para Silvio Pellico. Sin embargo, á este último le distingue en dos, uno antes de que fuese católico declarado, y otro despues que ya lo era: al primero, ó sea al de antes, Gioberti le llama *un dios*; el segundo, ó sea despues que se hizo católico, ya no es para Gioberti mas que un *semidios*; y aun todavía la reprende fuertemente por haber dado al apóstata Ronge su nombre propio de apóstata (1).

Finalmente, el catolicismo reformado del Piamonte, el catolicismo Giobertino debía de contener como un nuevo caos todas las religiones y todas las sectas, el antiguo y el nuevo gnosticismo, el filosofismo, el jansenismo, el protestantismo, el mahometismo, y hasta el paganismo. Roma debía volver á la espada, á la política, al imperio de Julio César. Tal es la nueva constitucion de la humanidad que la revolucion italiana, fomentada en el Piamonte y trasplantada á Roma, debía de imponer de grado ó por fuerza á todas las naciones de la tierra, á fin de que Roma y la Italia domine en todas partes por la idea.

Pero señor reformador del Piamonte y del universo, permitidme os explique mi pensamiento con una comparacion bastante trivial; estais haciendo extraordinarios esfuerzos para forzar una puerta que está abierta. Quereis emplear la fuerza para atraer todas las naciones al imperio intelectual de Roma; pero este proyecto, tan nuevo á vuestros ojos y que mirais como un hallazgo de vuestro ingenio, la providencia de Dios le viene ejecutando en todos los siglos, á vista y á sabiendas de todo el mundo. La historia entera de la humanidad no viene á ser otra cosa que la narracion y la consideracion inteligente de este grande acon-

(1) Curci, *Divinazione* etc. c. 8.

tecimiento que abarca y concentra todos los demas. ¿No os ha explicado su conjunto Daniel en Babilonia, San Agustin en su ciudad de Dios, y Bossuet en su discurso sobre la Historia universal? Los mayores ingenios de entre los protestantes lo proclaman con admiracion y se hacen hijos dóciles y celosos apóstoles de Roma. Asi el conde de Stolberg en su Historia de la Religion de Jesucristo; asi Federico de Schlegel en su Filosofia de la Historia; asi esos doctos anglicanos de Oxford y de Cambridge, que vienen á bandadas y á costa de los mayores sacrificios á buscar y hallar la paz y la felicidad en el gremio de la Iglesia romana y á darla esperanzas de la conversion de toda la Inglaterra. Pedis la unidad de Italia; pero ¿hay pais mas uno que la Italia católica, puesto que hay en ella la misma fé, la misma esperanza, la misma caridad, la misma Religion personificada en el mismo Pontífice, que es el Padre de todas las naciones cristianas? ¿Acaso á vuestros ojos consistiria la unidad de un pueblo no tanto en la unidad de espíritu y de corazon como en la unidad de esclavitud bajo el mismo kaout en Rusia, bajo la misma cimitarra en Stamboul, bajo el mismo puñal en los paises que están en revolucion? Pedis para la Italia el primado de honor en el universo civilizado; mas ¿no veis ese primado de honor, aún diré mas, ese primado de autoridad intelectual y moral, ese primado de jurisdiccion espiritual, en el Papa, en los cardenales, en los obispos católicos romanos, en los nuncios, en los vicarios y misioneros apostólicos que en toda la tierra cuidan de que observen la fé de Roma doscientos ó trescientos millones de católicos romanos y la anuncian sin cesar en todas las lenguas á los que la ignoran? Todo este gran movimiento de luz y de vida, que es como la respiracion de la humanidad, sale de Italia y de Roma y vuelve á ella con la gratitud y la

admiration de los pueblos. Y esta gloriosa transformacion de todos los pueblos en una sola y misma sociedad, bajo una sola y misma ley, bajo un solo y mismo Dios, ¿no es tal como la imaginaba ya Ciceron en sus tratados de las leyes y de la república? ¿No es esto claro como la luz? Pues entonces, ¿cómo vos, siendo sacerdote católico, no veis, no sentís haberse realizado ya lo que Ciceron previa ó presentia habia de realizarse? Vos, sacerdote católico, ¿tendreis una vista y una inteligencia menos cristianas que la vista y la inteligencia del pagano Ciceron?

Cuando el excelente cardenal Pacca manifestó poco antes de su muerte algunos temores acerca de la disposicion de los ánimos en Italia y respecto de la tendencia de la juventud italiana hácia innovaciones políticas y religiosas, y esto á consecuencia de la educacion que muy á menudo recibe, nos quedamos muy sorprendidos y nos inclinábamos á sospechar que habia algo de exageracion en estos temores. Recordábamos todo lo que habiamos leído de honroso, especialmente en el viaje por Italia del protestante Pedro de Joux, acerca del buen sentido del pueblo italiano, de su piedad tan verdadera y tan íntima que es ya en él una segunda naturaleza que forma ya su gozo y su dicha sobre la tierra. No podiamos olvidar el hecho que por todas partes nos ha sido atestiguado, á saber que comparativamente con París y con Londres no hay populacho en Roma ni en Nápoles, y que bajo el punto de la civilizacion intelectual y cristiana, los mas pobres de Roma y los lazzaroni de Nápoles, están cien picas mas altos que el pueblo de Londres, por servirnos de la expresion familiar del distinguido personaje que de ese modo resumió sus observaciones comparadas sobre el pueblo de Londres, de París, de Roma y de Nápoles. Con el tiempo hemos comprendido que los temores del cardenal no recaian sobre el pueblo propia-

mente dicho, sino sobre unas clases que no se creen del pueblo. Se asegura que en muchas grandes familias de Italia, en algunas familias de principes, la educacion de los hijos es de las mas descuidadas y deplorables. Ni el padre ni la madre se ocupan en educar á sus hijos en las virtudes cristianas, en los conocimientos y en los sentimientos nobles que convienen á su rango, y por otra parte se creerian rebajados si los enviaran á las escuelas públicas. El jóven príncipe pasa pues su infancia y una parte de su juventud en medio de las doncellas de la casa, de las criadas, de los ayudas de cámara, y de los palafreneros, quienes le inspiran sus gustos y sus pasiones con las lisonjas y adulaciones mas bajas. Si hay en esas casas un preceptor ó ayo, es de mera fórmula, porque en realidad los criados y las criadas son quienes dominan su educacion. De ahí viene, dicen, que en los movimientos que agitan á la Italia se ve á tan pocos nobles portarse noblemente así de obra como de palabra. No conservan mas de noble que el nombre que llevan; todo lo demas, espíritu, corazon y alma, es vulgar, si es que no enteramente nulo (1).

Degradándose de este modo á sí misma la alta nobleza, es natural que otras clases condicionen las distinciones y riquezas tan mal empleadas. Pero las peores clases de Italia están todavía muy atrasadas en el arte de hacer el mal y de despojar al prójimo sin que se conozca; se recurrirá, pues, á la esperiencia de la Inglaterra protestante, de la Francia y de la Alemania revolucionarias. Se cuidará mucho de no decir á los principes y á los ricos que la intencion final es despojarlos; lejos de eso, se les lisongeará diciendo que solo se trata de desembarazarlos de la autoridad tan

(1) *Civiltà cattolica*, n. 45, p. 292 y siguientes; B. del C., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO VIII. 123

impertuna del clero y de enriquecerlos cada vez mas con los despojos de este; por manera que cada cual de ellos podrá llegar á ser rey de Italia, César de Roma y del mundo. El pais italiano que mas oídos presta y con mas gusto á esta teoría de las revoluciones religiosas y políticas, es el Piamonte gubernamental, nobiliario, y de la clase média. El clero y el pueblo, así del Piamonte como de Saboya y de Cerdeña, ven ó sienten al primer golpe de vista que la ventura y la gloria de Italia es la fé católica, la Iglesia romana, el vicario de Jesucristo, y que desconocer estos bienes del cielo es marchar á la impiedad, á la ruina, al deshonor. El Piamonte gubernamental, nobiliario y de la clase média parece no ver nada de esto, y esto consiste en que así en los Alpes piamonteses como en otras partes hay aves de día y aves de noche. Las primeras, tales como el águila, la golondrina y la alondra buscan y aman la luz del sol y á las veces se levantan hasta las nubes para ver desde mayor altura y á mayor distancia y presentir las tempestades. Las otras no ven gota en la mitad del día, la claridad del sol las asusta é irrita, su débil vista no puede sufrir mas que la dudosa luz del crepúsculo; su hora favorita es la hora de las tinieblas; los lugares que mas les agradan son los de ruinas y desolacion, las cuevas, los paredones derruidos, los cismas, las heregías, las sociedades secretas, las revoluciones religiosas y políticas; tales como esos espíritus extraviados y malos que habitan los lugares de eterno horror, las almas en ruina, y en los momentos de obscuridad y de tinieblas sorprenden á las que no están muy sobre sí.

Gioberti, no pudiendo soportar la gran luz de ese catolicismo romano, que él llama jesuitismo, pretende hacer de Italia lo que el cisma y la heregía han hecho del Egipto y del imperio de Bizancio. Estaba tan se-

guro de su empresa que en 1848 decia con la mayor *molestia*: «Un humilde escritor invitaba poco há á nuestros príncipes á que la Italia fuese; su voz fué oída, y la Italia es (1).» En efecto, Cárlos Alberto, rey de Cerdeña y del Piamonte, hizo de Gioberti su principal ministro, y en 20 de marzo de 1849 Cárlos Alberto fué derrotado por los austriacos en Novara, abdicó la corona y se fué á morir de confusion y de pena al extremo de Portugal. Gioberti es enviado á Paris, donde hoy mismo (28 de octubre de 1852) hemos sabido que acaba de morir de una apoplejia fulminante.

El Piamonte gubernamental y legislativo, compuesto de nobles, de hombres de la clase media y de abogados, viéndose batido por los austriacos y abandonado de su rey, se lisonjea de recuperar el honor de sus armas y de recobrar la alta direccion de la Italia, haciendo la guerra, no ya á soldados armados con sables y fusiles, sino á los religiosos, á los clérigos, á los obispos y al Papa; una guerra no de invencion suya, sino copiada de la Inglaterra protestante, de la Francia y de la Alemania revolucionarias, y esto cabalmente en los momentos en que la Francia, la Alemania y en algun tanto la Inglaterra reconocen sus pasadas locuras y tratan de reparar sus yerros. Sigue todavia en el trono la casa tan católica de Saboya; pero lo mas favorable que puede decirse del príncipe reinante es que para nada entra en lo que se hace. Porque por complacer á la Inglaterra protestante, se edifica un templo protestante en Turin, se indispone con el Papa, se trastorna el derecho de propiedad poniendo las manos en los bienes eclesiásticos; se conmueve hasta el fundamento de toda sociedad, la existencia de la familia, queriendo secularizar el matrimonio; se

(1) *Civiltà cattolica*, n. 29, p. 349.

aprisiona, se destierra al arzobispo de Turin y al de Cagliari (Cerdeña), como en tiempos del arriano Constancio. Así se quiere intimidar á todos los obispos del Piamonte, de Cerdeña y de Saboya. Pero gloria sea dada á Dios, aquí es donde aparece el honor y la salvacion de la monarquía sarda. Esta monarquía, abandonada de su príncipe, é impelida al cisma y á la heregía, al deshonor y á la ruina por sus gobernantes y sus fabricantes de pretendidas leyes; esta monarquía salva su honor y hasta su existencia por la firmeza de su episcopado, de su clero y de su pueblo fiel; que no han pasado, no, los tiempos de los Máximos de Turin, de los Eusebios de Verceil, de los Lucíferos de Cagliari, de los Antelmos de Belley y de los Pedros de Tarantasia.

Hemos visto al príncipe de este mundo, al Dios de este siglo, á Satan, comenzar su imperio sobre la tierra por medio de la mentira y del homicidio. Sedujo primeramente á nuestros primeros padres: «No, no morireis, les dijo, por comer del árbol prohibido; antes por el contrario, sereis como dioses;» sobreentendiendo, dioses como nosotros, ángeles caidos y convertidos en demonios. Por esta mentira de la vieja serpiente entró la muerte en el mundo. Esta gran embustería de Satán se continúa y se propaga en la idolatría, en la heregía, en los cismas y en las opiniones que á ellas se acercan y conducen. A instigacion de la misma serpiente, Cain propone á su hermano un paseo con ánimo de matarle en el campo. Este carácter de mentira y de homicidio se nota principalmente en la mayor de las heregías, la idolatría ó el paganismo. Hemosle visto desde el principio, y en todas partes vivir de mentiras, de impurezas y de muertes. Ved en Babilonia, la primera capital de la idolatría; ved en la segunda Babilonia, en Roma pagana, ved esa multitud de dioses la isos, mentirosos, impuros, adúlteros, homi-

cidas, crueles, ángeles caidos, que no habiendo podido igualarse al Altísimo afectan ahora los honores divinos entre los hombres seducidos. Ved lo que aman. Los idólatras de Canaan, de Grecia y de África les inmolan sus hijos y sus hijas. ¿Por qué la Roma pagana degüella esos millares de víctimas humanas en sus anfiteatros? Por agradar á sus falsos dioses que exigen semejantes sacrificios. El verdadero Dios rompe y quebranta el imperio de Satán, la cabeza de la vieja serpiente, en su misma capital, en Roma, y en ella coloca el trono del Cristo y de su vicario. Así ved la furiosa persistencia con que Satán dirige contra la Roma cristiana todos los restos de su imperio, todas las puertas ó potestades del infierno; el Japon, la China, la India, idólatras; el mahometismo, anti-cristiano; la Rusia, cismática; la Prusia, la Escandinavia y la Inglaterra, protestantes.

Todos los príncipes protestantes, mas aun que los otros, se sienten vacilantes en sus tronos por los fautores de la anarquía, socialistas, comunistas etc. En los momentos de mayor miedo y de mayor peligro entreven el remedio en la Iglesia católica y manifiestan algunas veleidades de ser algun tanto justos para con ella. Pero apenas la anarquía les deja un instante de respiro, vuelven á comenzar con los anarquistas de todos los paises la guerra contra la Iglesia de Dios. Y esto es muy natural; porque unos y otros forman parte de una misma sociedad secreta, son súbditos de mismo príncipe y del mismo imperio, del príncipe y del imperio de las tinieblas: los primeros asientan los principios de la anarquía en el mismo protestantismo; los segundos no hacen luego otra cosa que sacar de ahí las consecuencias con los alborotos y las revoluciones. Esto es claro como la luz; mas por lo mismo ciertos ojos no pueden verlo.

Tal es la situacion respectiva de la Iglesia y del mundo, del reino de Dios sobre la tierra

y del reino de Satan. Tenedlo muy presente, hijos de la luz, pueblos católicos de Francia, de Italia, de Alemania, de España, de Portugal y del resto del universo; tenedlo muy presente, y estad muy sobre aviso, porque los ángeles de tinieblas se trasforman muy á menudo en ángeles de luz para seducir mejor á las almas poco vigilantes; tened pues muy presente sus señas, la mentira. Y aquí debemos tributar a la verdad un testimonio solemne, ante Dios y ante los hombres. En los treinta años que venimos estudiando y examinando todos los monumentos de la Historia eclesiástica, no hemos hallado mentira alguna en la boca de la santa Iglesia romana nuestra Madre, al paso que hemos visto sembrado de mentiras todo lo que se ha separado de ella ó á ella no está unido sin distincion y sin reserva. Llamamos mentira hablar contra su pensamiento con intencion de engañar; cosa que deshonor á un hombre aun en los negocios mas comunes de la vida; pero cosa que todo lo que no está completamente unido con la Iglesia romana se permite gustoso contra ella. Hijos de Dios, tened pues muy presente esta primera marca ó señal del enemigo: MENTIRA. Lo que miente no es inspirado de Dios ni de su Iglesia.

Las sociedades secretas, que no se forman sino para destruir la sociedad pública, principalmente la sociedad universal, ó sea la Iglesia católica, reúnen siempre los dos ó tres caracteres de Satan: la mentira, el homicidio, la impureza. Dos son en nuestros dias las principales, la secta de los franc-masones y la de los Carbonari ó carbonarios. La primera, nacida en Inglaterra en tiempo del protestante y regicida Cromwell, ha llevado su espíritu á Francia y al resto de Europa. Muchos príncipes, por antipatía contra la sociedad universal del catolicismo, han favorecido á estos enemigos de la sociedad pública y de los tro-

nos. La segunda secta, la de los carbonarios, que tiene el mismo objeto, se formó entre los italianos con el pretexto de proporcionar la libertad de la Italia. El gefe actual es un carbonario genovés, el abogado José Mazzini, que la ha dado una nueva forma bajo el nombre de *Jóven Italia*, la cual no debia ser mas de una rama de la *Jóven Europa*. La *Jóven Italia* se diferencia del carbonarismo en cuanto á los principios religiosos. Los carbonarios profesan el indiferentismo en materia de Religion, ó mas bien el materialismo volteriano. El abogado Mazzini, por el contrario, hace gala de cierta religion política, de un panteísmo protestante, que se halla consignado en su obra intitulada *Deberes del Hombre*. «Dios, dice, existe porque nosotros existimos. Él está en nuestra conciencia, en la conciencia de la humanidad, en el universo que nos rodea... Le adorais, aun sin nombrarle, cuantas veces sentís vuestra vida y la vida de las personas que están á vuestro alrededor.... La humanidad es el Verbo vivo de Dios... Dios se encarna sucesivamente en la humanidad (1).» Esta herejía ó impiedad nueva es ya vieja: es el antiguo gnosticismo, la antigua idolatría de los paganos, que confunde á Dios con la criatura y á la criatura con Dios; es el panteísmo idolátrico de la India, el panteísmo prusiano ó protestante importado en nuestros dias á Francia por Victor Cousin; es la cien milésima repeticion de aquella primer mentira del primer sofista: «No morireis de veras por comer del fruto que Dios os ha prohibido; antes bien, sereis como dioses, que sabreis el bien y el mal.» En efecto, hace seis mil años que ningún hombre muere, excepto todos.

(1) *Guerras y revoluciones de Italia en 1848 y 1849*, por el conde Eduardo Lubinski. Paris 1852, p. 38.

Cuando el abogado Mazzini y otros como él suprimen la divinidad de Jesucristo, y le llaman simplemente un grande hombre, un filósofo, no son otra cosa que un eco de Mahoma y del Anticristo. Y aun todavía Mahoma se muestra menos anticristiano que el seductor de la Italia; porque los mahometanos, en su Coran, reconocen á Jesucristo como Verbo de Dios y como el Mesías nacido milagrosamente de la Inmaculada Virgen María, á la que llaman *Fuente de toda pureza*; y le reverencian como á gran Profeta que tenia el espíritu de Dios, resucitaba los muertos, y subió al cielo para venir al fin del mundo á juzgar á todos los hombres, y á quien pertenece la justificacion del alma y la conversion del pecador.

En lo que el abogado Mazzini y los nuevos sectarios no están menos de acuerdo con el falso profeta de la Meca es con el segundo carácter de Satan, ser homicida. Los individuos de la *Jóven Italia* están obligados á armarse con un fusil y un puñal. Los que faltan á la obediencia al gefe de la sociedad ó divulgan sus secretos, son condenados á muerte irremisiblemente. Un tribunal secreto condena las víctimas y designa los verdugos. El conjurado que se negare á ejecutar los decretos de la sociedad, seria condenado á muerte como perjuro. Si cualquier víctima designada se escapa, será perseguida por todas partes sin tregua ni descanso y será inmolada por una mano invisible aun cuando se refugiase en el seno de su madre ó al pie de los altares. Cada tribunal secreto es competente para juzgar no solo á los individuos de la asociacion, sino tambien para mandar quitar la vida á los que él hubiere condenado. Numerosos hechos prueban que estos estatutos no son una vana amenaza. La *Jóven Europa* fué fundada el 15 de abril de 1834; se componia de la *Jóven Italia*, de la *Jóven Alemania*, de la *Jóven*

Polonia, y despues tambien de la *Jóven Suiza*. Dos de sus primeros fundadores fueron asesinados en el mismo año por orden de la sociedad; eran Nast y Stromayer; el primero por infidelidad en el manejo de los caudales, y el segundo por indiscrecion. En el año 1835 un estudiante, llamado Lessing, fué tambien asesinado en Munich. Mas adelante cuatro refugiados italianos, que si bien querian combatir contra los príncipes de Italia, no adoptaban las doctrinas sanguinarias de la secta mazziniana, y se habian explicado en este sentido abiertamente, fueron juzgados por el tribunal secreto que se reunió en Marsella bajo la presidencia del abogado Mazzini, y condenó á dos de los cuatro á azotes y galeas, y los otros dos á muerte. Existe y fué cojida la copia de esta sentencia. Como los condenados tenian su domicilio en Rhodéz, el documento añadia como capítulo adicional: «El presidente de Rhodéz elegirá los cuatro que hayan de ejecutar esta sentencia, los cuales habrán de darla cumplimiento en el improrogable término de veinte dias, pena de muerte *ipso facto* al que se negare á ello.» Algunos dias despues uno de los condenados, el señor Emiliani, pasando por las calles de Rhodéz fué asaltado por seis de sus compatriotas, quienes le cosieron á puñaladas y huyeron. Los asesinos fueron cojidos y el jurado francés los condenó á cinco años de reclusion. Emiliani, aunque todavía sin curarse del todo de sus heridas, salia del tribunal de *Asises* con su muger, cuando ambos fueron heridos de muerte por un tal Gaviali, á quien aunque con no poco trabajo pudo apresarse, y juzgado y condenado sufrió la pena de su crimen. Por lo que hace á Mazzini, añade el autor que citamos, vuelto á Suiza, como el tigre vuelve á su caverna despues de una escena de mortandad, se vuelve á entregar con la mayor frescura á su obra de destruccion

social (4). En la edad media vimos ya en las montañas del Libano una secta mahometana de asesinos al mando de un jefe llamado el Viejo de la Montaña; y ahora en medio de la Europa civilizada y del siglo de las luces vemos una secta política de asesinos.

Respecto al arte de mentir y de engañar á los hombres, el seductor de la *Jóven Italia* espone así sus principios en una instrucción llevada á Turin el 4.º de noviembre de 1846: «En los grandes países hay que ir por medio del pueblo á la regeneración; pero en el nuestro ha de ser por medio de los príncipes; por lo tanto es absolutamente preciso atraérselos, y esto es fácil. El Papa marchará por el camino de las reformas por principios y por necesidad; el rey del Piamonte, por la idea de la corona de Italia; el gran duque de Toscana, por inclinación y por imitación; el rey de Nápoles, por fuerza; y los pequeños príncipes tendrán otras cosas en qué pensar mas que en las reformas..... Aprovechad la menor ocasión para reunir las masas, aun cuando no sea mas que para manifestar agradecimiento. Fiestas, cantares, reuniones y muchas relaciones establecidas entre los hombres de todas las opiniones, bastan para hacer resaltar las ideas, para dar al pueblo el sentimiento de su fuerza y hacerle exigente. El concurso de los grandes es de indispensable necesidad para que nazca el reformismo en un país de feudalismo. Si no teneis mas que el pueblo, se suscitará desde luego la desconfianza y se le aplastará; pero si es dirigido por algunos grandes, estos servirán de pasaporte al pueblo. La Italia es todavía lo que era la Francia antes de la revolución; por lo tanto necesita sus Mirabeau, sus La Fayette y otros por el estilo. Un gran señor puede detenerse por intereses materiales; pero se le

(1) *Guerras y revoluciones de Italia en 1848 y 1849*, pág. 40-44.

puede cojer por la vanidad; dejadle pues representar el primer papel mientras quiera marchar con vosotros. Hay pocos que quieran llegar hasta el fin; por eso es esencial que no les sea conocido el término de la gran revolución; así pues jamás demos á conocer mas que el primer paso que hay que dar.—«En Italia el clero es rico por el dinero y la fé del pueblo. Es preciso halagarle en estos dos intereses y, en cuanto sea posible utilizar su influencia. Si en cada capital pudiérais crear un Savonarola adelantariamos á paso de gigante. El clero no es enemigo de las instituciones liberales; trata pues de asociarle á este primer trabajo que debe de ser considerado como el vestíbulo obligado del templo de la igualdad, y sin el vestíbulo queda cerrado el santuario. No ataqueis al clero ni en sus bienes, ni en su ortodoxia; prometedle libertad, y le vereis ir con vosotros.—» Va ya á hacer dos mil años que un gran filósofo, el Cristo, predicó la fraternidad que todavía busca el mundo.—» El clero no tiene mas que la mitad de la doctrina social y quiere como nosotros la fraternidad que él llama caridad; pero su gerarquía y sus hábitos le hacen un agente de la autoridad, es decir, del despotismo; es menester pues tomar lo que tienen de bueno y cortar lo que tienen de malo. Procurad que penetre en la Iglesia la igualdad y todo marchará. La potencia clerical está personificada en los jesuitas. Lo odioso de este nombre es ya una potencia para los socialistas; servíos pues de ella (4).»

Hé ahí lo que el jefe de las sociedades secretas en Italia escribía durante el pontificado de Gregorio XVI, dos años antes del advenimiento de Pio IX al trono de San Pedro. Ya las ramas parásitas del socialismo cubrían la superficie de la Península, tratando de sofo-

(1) *Guerras y revoluciones de Italia en 1848 y 1849*, pág. 44-47.

car la Religión en la persona de sus ministros, la propiedad en la persona de los que poseen, y los derechos recíprocos en la persona de los príncipes. El abogado Mazzini dice abiertamente en los dos primeros artículos constitutivos de su sociedad anti-social: «Artículo I. La sociedad se funda para destruir indispensablemente todos los gobiernos de la Península y para formar de toda la Italia un solo Estado bajo la forma republicana. Art. II. En razón de los males que provienen del régimen absoluto y de los males todavía mayores que provienen de las monarquías constitucionales, debemos reunir todos nuestros esfuerzos para constituir una república una é indivisible (1).»—Por manera que no habia de quedar ninguna de las formas de gobierno que existian; pero entonces, ¿cuál será la forma de la república mazziniana? Otro jefe socialista, Ricciardi, nos lo dice. «Para conducir al pueblo, dice, no se trata de una asamblea popular, flotante, incierta, y tarda en deliberar; sino que se necesita una *mano de hierro* que es la única que puede gobernar á un pueblo acostumbrado hasta entonces á las divergencias de opinion y á la discordia, y lo que aun es mas, á un *pueblo corrompido, enervado y envilecido* por la esclavitud (2).» Así pues la maravillosa república que debe de regenerar y beatificar á los infortunados italianos, es el gobierno de una mano de hierro, armada con un puñal; porque ya hemos visto que el puñal es el cetro del nuevo gobierno.

Si el Papa Gregorio XVI no fué muerto á puñaladas como otros eclesiásticos, el mismo Ricciardi nos dá la razón de ello. «Yo creo, dice, que nuestra santa causa quedaria ma-

(1) Balleydier, *Hist. de la revolucion de Roma*, t. 1; introduc. p. xvii y xviii.
(2) *Ibid.* p. xi.

chada con el asesinato de un anciano; además de que no bastaria acabar con el Papa, sino que habria que asesinar hasta el último cardenal, hasta el último clérigo, hasta el último religioso, de todo el universo católico.» Mas adelante añade el mismo socialista: «La planta funesta nacida en Judea no ha llegado á un alto punto de crecimiento y de vigor sino porque fué regada con rios de sangre. Si d seais que un error se arraiga entre los hombres, emplead para ello el hierro y el fuego! Si quereis que caiga, hacelle objeto de vuestras burlas (1).»

Al ver esto ¿no se diria que el mismo Satan en persona se veia obligado á publicar el poder de Cristo, que triunfa del infierno y del mundo, no por su fuerza, sino por su debilidad, por la ignominia de la cruz, por los padecimientos de sus discípulos? Añade que las burlas harán caer la obra de Cristo; pero viejo embustero ¿no has comecado tú por las burlas, por los bofetones, por los salvazos, por las genuflexiones derisorias, la corona de espinas, la túnica de loco, el manto de púrpura, la caña, la hiel y vinagre, y sobre todo la gran burla de la cruz? ¿No te has burlado á tus anchas en el calvario por boca de tus escribas y de tus fariseos; en el trono de los Césares, por boca de tu Juliano apóstata y de todos los perseguidores que á él se asemejan? ¿No te has burlado en todos los países y en todos los siglos por medio de tus heresiarcas, especialmente por tu Lutero, por tu Calvino, por tu Enrique VIII, cuyas burlas se llaman el protestantismo? ¿No te has burlado bastante por medio de tu Voltaire y de tu Federico de Prusia, cuyas burlas se llaman filosofía y forman todavía hoy las delicias de tus grandes señores y de tus ciudadanos de la clase

(1) Balleydier, *Hist. de la revolucion de Roma*, t. 1; introduc. p. x y xi.